

El antiguo convento de la misión de Orosi en Cartago de Costa Rica ⁽¹⁾

(Traducido del alemán por José Dávila Solera).

El Reventazón, el más grande de los ríos de Costa Rica, que en su curso superior lleva ya el nombre de río Grande, abandona la alta sierra y penetra en un dilatado valle, precisamente allí donde en medio de una extensa hondonada se encuentra el edificio del convento de Orosi, rodeado de una mezquina e insignificante aldea de indios que dista dos leguas de Cartago, la antigua capital del país. De este convento, hace cuarenta años todavía floreciente, fundado por celosos misioneros en el siglo pasado, subsisten en la actualidad (1860) tan sólo algunas habitaciones medio destruídas, inhabitables, y una iglesia despojada de sus antiguos ornamentos, rodeada de tapias de barro toscas y en parte caídas. El lúgubre sentimiento que provoca el aspecto de ruina tan avanzada que tienen estos edificios, se disipa sin embargo rápidamente tan pronto como se deja vagar la mirada por los montes cubiertos de árboles que rodean el valle, ataviados con un color verde lleno de frescura, y que abriéndose sólo hacia el norte ofrecen una vista magnífica de las cumbres de las montañas donde están los volcanes Irazú y Turrialba, a la vez que un rumor constante nos revela la proximidad de un río considerable. Tales impresiones trasladan a otro mundo a quien busca en la estación seca un lugar de refugio para refrescarse, huyendo a Orosi de los constantes torbellinos de polvo de las calles de San José, la capital.

Peor que durante el tiempo canicular en las capitales europeas es la permanencia en la de Costa Rica durante los meses de febrero y marzo. Cuando ha mugido por espacio de tres meses, día y noche, el viento del Nordeste que todo lo seca, ahuyentando toda nubecilla e introduciendo el polvo aún en los cuartos mejor cerrados, abandonan muchas familias la ciudad y se retiran, unas a sus haciendas de café y otras al puerto de Puntarenas, animado sólo en este tiempo por la visita de algunos navíos, para respirar allí en la playa durante algunas horas, cuando el ardiente sol se ha ocultado detrás de las montañas de Nicoya, la brisa refrescante y restauradora del mar.

En San José cesa por este tiempo toda vida social. Todo el mundo vive sólo para el café, el único artículo de comercio de Costa Rica. Mujeres y niños recolectan las maduras bayas de los cafetos; los hombres se ocupan en limpiar los granos; los campesinos, a quienes no ofrece ninguna ocupación el suelo se-

(1) De la revista **Das Ausland** de Stuttgart y Augsburgo, Nos. 50 y 51 de 1860. Este interesante relato nos ha sido facilitado por don J. Francisco Trejos, a quien le fué enviada una copia por el señor Eduard Concemius. En esta copia no figura el nombre del autor, por lo que suponemos que tampoco lo tiene el original. Según la muy autorizada opinión del profesor don Anastasio Alfaro, el autor no puede ser otro que el Dr. A. von Frantzius, por ser el único de los alemanes residentes aquí en 1860, que poseía los conocimientos científicos que revela este trabajo.

co, utilizan este tiempo para llevar al puerto el café en sus pesadas carretas de dos ruedas, tiradas por bueyes, y traer las mercaderías recién llegadas. Los empleados mismos abandonan apresuradamente sus oficinas, después de cuatro horas de trabajo, y se van pronto a sus haciendas de café; pero la más dura tarea en este tiempo toca a los comerciantes. Llegan constantemente carretas cargadas de café, el cual se pesa y es escogido por mujeres, puesto en sacos y enviado al puerto. Otras carretas traen mercaderías que hay que descargar y desembalar en parte, llevar a los almacenes y vender otra parte de ellas a los comerciantes en pequeño, quedándole así al atormentado comerciante, apenas en la noche, el sosiego necesario para dormir.

Amarga es la suerte de los que con este trajín que extenua el cuerpo y el alma sienten la necesidad de refrigerio y que por sus ocupaciones no pueden ir a buscarlo en las montañas que rodean a San José, cuyo verde oscuro parece hacerles constantemente señas, invitándolos a gozar en ellas de lo que desean; pero también puede considerarse feliz aquel a quien le es dado escapar, aunque sea solamente por corto tiempo, del polvo de las calles.

Cuando yo también sentí en alto grado, en medio del tráfico producido por la cosecha del café, la insoportable soledad y abandono que tiene que oprimir y ahogar a quien no esté interesado ni sea copartícipe en el negocio del café, me pareció que ningún lugar era más adecuado para obtener una mudanza bienhechora y aliviar el espíritu y el cuerpo que Orosi, con el fresco perfume de sus bosques. Pronto se reunió una pequeña sociedad y en seguida salimos a caballo para Cartago. Como era un sábado en la tarde hallamos el camino extraordinariamente animado por una multitud de campesinos, algunos a pie y otros a caballo, que regresaban ese día del mercado semanal de San José. En la primera mitad de este camino, hasta la aldea de Tres Ríos, se encuentran a ambos lados numerosas casas, en su mayor parte rodeadas de plantaciones de café, de modo que el recuerdo de la capital, donde todo el mundo vive por y para el café, no nos abandonó hasta que, más allá de Tres Ríos, el camino, que se eleva poco a poco, nos condujo a la sierra que separa el valle de San José del de Cartago. Aquí principia un panorama enteramente distinto. Es éste, ciertamente, por falta de vegetación exuberante, mucho menos agradable que el de la parte recorrida del camino; pero ofrece mayor variedad, porque las montañas se acercan aquí mucho más a la carretera.

Después de haber dejado atrás la laguna de Ochomogo, una gran pradera que está en parte debajo del agua, animada por garzas blancas, se abrió ante nuestras miradas el magnífico paisaje de la extensa llanura de Cartago tendida a nuestros pies, con las montañas lejanas en el fondo, entre las cuales el Chirripó yergue su cúpula chata en el azul vaporoso sobre las otras cimas de las montañas. De aquí en adelante el camino descende y en breve nos encontramos en la ciudad de Cartago.

Esta ciudad ha retrogradado considerablemente desde que cesó de ser, en 1823, la capital del país y fué trasladado a San José el asiento del Gobierno; sin embargo, se reconoce en las ruinas de los antiguos edificios destruidos por el terremoto del año 1841 y las de la catedral, cuyo pórtico subsiste frente a la plaza

del mercado, así como en los antiguos y modernos edificios que todavía se conservan, una solidez mucho mayor en la estructura de su construcción, que la que se observa en los de San José y demás ciudades de Costa Rica.

Pernoctamos en Cartago en una casa de huéspedes que existe desde hace dos años. Antes no había en Costa Rica ningún hotel: hace apenas de seis a ocho años que se han fundado aquí estos negocios, desde que aumentó el número de extranjeros y se produjo por ello más vida y comercio en el país. En tiempos anteriores era necesario recurrir, durante los viajes, a la hospitalidad de algún conocido, la cual ordenaba la Constitución del país, o había que ser introducido por un amigo en casa de un conocido de éste.

La espesa niebla que cubría el valle de Cartago al día siguiente y que pronto se disolvió en una densa llovizna que parecía de polvo de agua, no nos permitió continuar el viaje hasta después del almuerzo.

Estas nieblas matinales no son raras, dada la altura de Cartago que llega a 4318 pies sobre el nivel del mar. Por eso aquí todo, hasta la vegetación misma, en la estación seca, es mucho más fresco y nunca se presenta a la vista la aridez que se halla en las partes bajas de Costa Rica. En suma, el clima de Cartago es, por consiguiente, mucho más fresco y agradable que el de San José. Si el tráfico mayor de la capital no atrajera a las primeras familias y la mayoría de los extranjeros a San José, muchos preferirían vivir en Cartago, que en todos respectos ofrece más conveniencias y comodidades para la vida que San José.

El camino de Cartago a Orosí, que al principio es algo desigual y desierto, se vuelve más y más hermoso y pintoresco a medida que se va acercando a Orosí. Primero se ven solamente dehesas con ganados, rodeadas de muros de piedra, cubiertas ahora de césped seco y amarillo; pero pronto nos encontramos en una hermosa llanura y pasamos frente a algunas plantaciones de caña de azúcar, cuyo tinte verde claro se destaca fuertemente del color oscuro del lejano bosque primitivo. Por desgracia teníamos esta vez poca vista de las lejanas cumbres de las montañas; sólo el Irazú dejaba ver por momentos su ancha cima y la garganta o desfiladero de la laguna del Derrumbo, pues en torno de su cima y de sus ramificaciones dentadas y llenas de desgarraduras que lo unen con el Turrialba, sólo había nubes aisladas que retozaban.

Después de haber avanzado un trecho sobre la llanura con dirección al este, nos dirigimos al sur y luego bajamos al valle de Navarro. Un aire fresco de montaña nos soplabá de frente y la vegetación tomaba cada vez más el carácter de la de la selva virgen. El camino estaba ya bastante seco, por fortuna, pues aquí es tan escarpado que durante la estación lluviosa, sobre este suelo resbaladizo, sólo bestias absolutamente seguras pueden transitar. El camino termina con recodos en forma de zigzag hasta el fondo del valle, donde se pasa cerca de una mina de cobre, propiedad de un inglés llamado Anderson, muerto recientemente, la cual está ahora abandonada. A unos cien pasos antes de llegar al puente que está sobre el río Navarro, se ve muy cerca del camino, al pie de una ladera de montaña, una masa calcárea en forma de estalactitas, de donde nace una fuente que brota con fuerza y en cuyo breve curso hacia este río y en el lugar donde desemboca en él, deposita en todas partes masas de sedimento calcáreo. Esta es



una de tantas fuentes de agua caliente que se encuentran especialmente en el sur de Cartago y también en otros lugares de Costa Rica. La fuente cálida de Navarro cuya agua clara es totalmente insípida y que, a juzgar por sus sedimentos, parece contener una cantidad considerable de cal, tiene una temperatura de 25, 8° R.

Apenas habíamos pasado el puente del río Navarro cuando apareció enfrente de nosotros la hermosa casa de habitación de la hacienda de Anderson, que ha servido ya muchas veces de mansión de temporada a extranjeros y ha sido descrita por ellos (2). Después de haber pasado a caballo frente a la cantera y el horno de cal, al trapiche y al aserradero que pertenecen a la hacienda, y de haber dejado a la izquierda también la agradable casa de habitación, proseguimos el viaje a lo largo del río, en cuya orilla se hallan los cañaverales; caminando todavía adelante, cuesta abajo, donde el hasta aquí angosto valle se ensancha y se convierte en el valle de Orosi, está la gran hacienda de caña de azúcar de Don Jesús Jiménez, uno de los hombres más inteligentes de Costa Rica, que era hasta hace poco ministro de Instrucción Pública, pero al presente es gobernador de la provincia de Cartago. Ha hecho ya mucho en favor de Orosi y señaladamente con la apertura de una zanja para conducción de agua, que corta toda la llanura del valle de Orosi y ha contribuido mucho a desecar el suelo en muchos sitios pantanosos durante la estación de las lluvias. En un corto trecho se cabalga entre altas cercas formadas de una bromeliácea, cuyas hojas largas, angostas y cubiertas de espinas suministran una sustancia fibrosa fina que, como nuestro cáñamo o lino, se emplea en redes, cordeles, etc. Entre estas plantas de setos que llevan en Costa Rica el nombre de "pita" y cuyas rojas masas de flores salen del corazón de la planta, crece y se enlaza una hermosa convolvulácea de flores amarillas hasta en las ramas altas del árbol de coral (*Erythrina corallodendron*) que entre esas plantas se halla, al cual llaman aquí "poró" y tiene grande importancia como planta para vallados. Repentinamente tuerce el camino hacia el sur y se abre en una gran llanura, en la que se divisa una multitud de chozas de indios cubiertas de hojas de palmeras, y entre ellas, en el verde prado, pacen ganados. En el límite del sudoeste de la llanura se ve un edificio mucho más grande, con un campanario blanco, pero todo rodeado de verdes pendientes cubiertas de espesa arboleda. Ahora vamos trotando por entre las diseminadas cabañas con la conciencia de haber alcanzado el fin de nuestra jornada, dirigiéndonos alegrementepor la llanura hacia el convento; y llegados a él, nos hicimos mostrar las habitaciones que nos habían destinado y que el señor cura nos había cedido, gracias a la amable recomendación del señor gobernador.

Los cuartos en que habíamos de vivir durante algunos días, tenían sin embargo poco de atrayente. Ventanas no las había. Sólo las puertas, cuando no estaban cerradas, dejaban entrar la luz del día. En vano buscábamos mesas, bancas y camas. El alcalde del lugar nos ayudó a remediar las más sensibles necesidades, y mediante su autoridad nos hizo obtener valiéndose de los indios, algu-

(2) S. Wagner und Scherzer, *Die Republik Costa Rica*, pág. 250, y Meagher, *Holidays in Costa Rica en Harper's New Monthly Magazine*, 1860, pág. 22. N. del A.

nos de los más necesarios medios de subsistencia. Había conseguido leña prudentemente de antemano. Los víveres indispensables los habíamos enviado adelante en una carreta tirada por bueyes, y como ésta había llegado ya, afortunadamente, pronto ardió un alegre fuego en el hogar de la arruinada cocina del convento y en media hora nos prepararon una sabrosa comida.

Después de comer dimos un paseo para conocer los alrededores más inmediatos y encargar a los indios que nos habían sido recomendados como hábiles tiradores, que nos trajesen, durante nuestra ausencia, pájaros y otros animales de la selva virgen. Nos dirigimos después al río, cuyo rumor constante nos había atraído más que todo lo restante. Después de haber atravesado el bosque bajo y las malezas que había en la orilla, nos encontramos sobre los guijarros que cubren su lecho en ambos lados. Aquí vimos, por primera vez, los notables puentes colgantes hechos de bejucos o enredaderas por los indios. Como el material con que estos puentes están elaborados es poco durable, tienen que ser renovados cada año, y son tan fuertes que los indios pueden pasar sobre ellos con sus cargas a las espaldas sin peligro alguno. Se encuentran dos más de estos puentes colgantes en los alrededores de Orosí. Aquí los llaman "puentes de hamaca", pues en efecto parecen hamacas. Constan de tres largos rollos o líos del grosor del brazo de un hombre, hechos de bejucos y unidos a distancias iguales por ataduras transversales. Ambas extremidades del puente están atadas a fuertes postes de árboles; pero es tan exigua la tensión, que el puente, en el medio, cuelga en forma de curva bastante baja. Se camina sobre el rollo o lío más bajo como un acróbata sobre la cuerda o maroma, agarrándose de los otros dos líos laterales, que están más arriba.

En la tarde nos visitó el alcalde del lugar, que también es un indio, y algunos otros indios de los más distinguidos, que habían llegado ya en su grado de civilización hasta la chaqueta y los pantalones. Nos dieron informes muy interesantes respecto de estas localidades. Una clara y hermosa mañana nos saludó al día siguiente. Hasta muy tarde no se levanta aquí el sol sobre las cumbres de las montañas cubiertas de bosque, y por consiguiente el fresco césped del fondo del valle permanece largo tiempo humedecido por el rocío de la noche. Cuando dejamos nuestros oscuros cuartos temprano de la mañana apareció ante nosotros, como por encantamiento y en la deslumbradora claridad, un cuadro magnífico. Severamente nos saludaban en lontananza las colosales cimas de los volcanes Irazú y Turrialba. Deliciosamente matizadas se reclinan delante de las cumbres las masas de montañas cubiertas de bosques que ciñen el pie de los mencionados volcanes, y envuelta en una sutilísima niebla azulina se veía más abajo la llanura de Ujarraz, continuación del valle de Orosí, en tanto que en primer término las dispersas cabañas de paja de los indios y, entre ellas, algunas esbeltas palmeras de pejibaye, realzaban la impresión pintoresca de todo este delicioso cuadro, que está encerrado como en un marco por las montañas vecinas que rodean el valle: a la izquierda por la pendiente sobre la cual sube serpeando el camino de Cartago, y a la derecha por las montañas de Cachí cubiertas de verde bosque, que se pierden al sudeste en el valle superior del río Grande, donde se ofrece a la mirada un nuevo paisaje totalmente distinto cuando se contempla de lejos, dentro

del valle últimamente mencionado, en que se distinguen perfectamente los valles adyacentes del Purizil y del río Macho y en cuya entrada se yergue un pequeño cono regular, todo igualmente cubierto de espeso bosque primitivo de altos árboles. Sólo un corazón y una mente completamente embotados pueden permanecer insensibles a la vista de tales cuadros de la Naturaleza, en los que se manifiestan a la vez una calma sublime y una vida joven y vigorosa.

Aprovechamos la frescura de la mañana para bañarnos en la fuente tibia que dista sólo unos cien pasos del convento. Inmediatamente, al pie de la falda de la montaña, brota aquí una agua clara entre arbustos que le dan sombra, rodeada de helechos delicados y begonias de blancas flores, en una gran jofaina natural que ofrece suficiente espacio para bañarse cómodamente en ella. La temperatura de esta fuente llega a 27, 6° R. y es altamente bienhechora para el cuerpo. Refrescados por este baño visitamos, después de haber tomado el previo desayuno, al propietario de una hacienda de café contigua al convento. Fué plantada hace nueve años por el mismo dueño, quien emplea para ello poquísimos capital, y debe dar ya en este año un producto de 300 quintales de café. Don Lucas, el propietario de esta hacienda, es médico en Cartago (3) y vive aquí con su numerosa familia, desde hace dos meses, para vigilar y dirigir personalmente la recolecta del café. Es gran amigo de las ciencias naturales, posee algunas colecciones y había adornado las paredes de su cuarto con algunos pájaros de los más raros de las inmediaciones. Se le considera como un gran protector de los indios, quienes también de vez en cuando le dan testimonios de su gratitud, por medio de regalos y otros servicios recíprocos. En su jardín, próximo a la casa, había sembrado también diversas plantas útiles. Allí encontré algunos algodóneros que crecen muy bien, pero que no se cultivan en grande escala en ninguna parte de Costa Rica por falta de brazos; vi, además, el arbusto que produce el ricino, que aquí se desarrolla frondoso en todas partes, pero cuyo aceite sólo se usa para quemarlo, por no saber cómo se refina. Una multitud de moreras están cerca de la casa aguardando desde hace largo tiempo la introducción de los gusanos de seda, que en años anteriores habían sido ya criados con éxito en Costa Rica, pero que luego se dejaron perecer. También hallé muchas de las especies de abejas que hay en Costa Rica, de las cuales algunas reemplazan completamente las abejas mansas de Hungría. Estas últimas fueron también introducidas antes en este país, pero lo mismo que los gusanos de seda, se dejaron perder por falta de cuidados. Tienen las abejas de Costa Rica la gran ventaja sobre las europeas de carecer de aguijón; y como se puede recoger la miel durante todo el año, resulta el negocio más productivo, no siendo inferior en nada esta miel al producto europeo. Sólo que la cera de las especies nacionales tiene un color oscuro negruzco, que no desaparece con ningún lavado. No se hace la cría de las abejas de Costa Rica en colonias, sino que se toma el pedazo de tronco de árbol en que se alojan y se coloca en un lugar protegido. Su propagación es igualmente sencilla. Se toma un pedazo de cera con celdas llenas de larvas y se pone en un pedazo de tronco ahuecado, sin preocuparse de que haya o no una reina en el nuevo panal.

(3) Don Lucas Alvarado, licenciado en medicina, graduado en Guatemala.

Don Lucas nos invitó a hacer con él una excursión a los mencionados valles secundarios del de río Grande, el del río Macho y el del Purizil. Antes de que hubiéramos llegado al fin de la llanura nos enseñó un manantial de agua caliente, que brota en una hondonada de este suelo plano. A una distancia de 50 pasos, poco más o menos, ya notábamos un ligero olor de ácido sulfúrico. El agua hervía con notable desprendimiento de gases, a una temperatura de 41, 2° R. Es casi insípida, pero el sedimento de cristales depositado en las piedras bañadas por esta agua, revela que contiene una pequeña cantidad de sal de cocina. Las piedras que se encuentran siempre debajo del agua estaban cubiertas por una "oscillatoria" verdeoscura. Esta alga de finísimos cabellos parece que no falta en ninguna de las fuentes termales saladas que he encontrado en Costa Rica. Don Lucas me comunicó su propósito de establecer una casa de baños en la proximidad de esta fuente y aprovecharla como medicina. Este plan merece tanta más atención cuanto que la Naturaleza ha reunido aquí las condiciones más favorables para hacer de Orosi un agradable balneario. Rodeado de montañas, goza de una situación que tiene la ventaja sobre otros lugares de que en tiempo seco no es azotado de vientos muy molestos. Es Orosi, ciertamente, más cálido que San José; sin embargo, el calor no es tan opresivo como en otros puntos. Su altura sobre el mar, según mis medidas barométricas, llega a 3,210 pies de París y su temperatura media es de 15, 4° R. No cabe duda de que este lugar, tan ricamente dotado por la Naturaleza, sería muy visitado por bañistas, tanto de los que buscan la curación de una enfermedad determinada, como de los que tan sólo desean hallar descanso y recreo con un cambio de lugar. Sería cuestión de prepararles un alojamiento conveniente. Las desnudas paredes de las celdas oscuras del convento y las estrechas y oscuras chozas de los indios, no convidan, en verdad, a vivir largo tiempo en Orosi. Ojalá que el propósito de Don Lucas llegue a realizarse pronto; el éxito será para él remunerativo.

Ahora entrábamos a caballo en el valle del río Grande, más arriba de la llanura, dejando el río a la izquierda, mientras que a la derecha del camino corría el agua de la zanja antes mencionada.

El objeto de nuestra excursión era visitar la nueva hacienda de ganado del general Montero (4) que está a una media hora de camino en la parte alta del valle. El camino es uno de los más encantadores que he conocido. La selva virgen está aquí en parte aclarada por plantaciones aisladas de los indios, por lo cual este sitio tiene también el nombre de "Los Platanares". Entramos a caballo en una de estas plantaciones, donde vimos los plátanos en rara exuberancia. En medio del bosque de plátanos había una cabaña miserable, en uno de cuyos lados estaba enroscada una mata de chayote (*Sechium edule*). Esta enredadera produce una de las más estimadas legumbres nacionales, cuyos frutos en forma de pera y de la especie del pepino, no faltan en ningún tiempo del año en ninguna mesa.

A algunos pasos de allí se encontraba un hermoso manantial frío, cuya temperatura llegaba a 15, 5° R., igualándose mucho a la temperatura media del

(4) El general don José Montero.

lugar antes indicada. Más adelante se hizo la selva más espesa. Como por todas partes en los trópicos, ostentaba aquí el bosque una infinita variedad de árboles, en contraposición con nuestros bosques europeos tan uniformemente poblados de encinas, hayas y pinos. A la sombra de los altos árboles primitivos, de cuyas ramas colgaban guirnaldas de plantas trepadoras de las más diversas especies y sobre los cuales crecían en maravillosa variedad las bromeliáceas con magníficos racimos de flores, hallamos, luchando por desarrollarse un espeso bosque bajo de árboles jóvenes de montaña y de arbustos de las más diferentes familias de plantas. Se veían las más hermosamente florecidas melastomáceas y cecropiáceas, lo mismo que euforbiáceas arboriformes y solanáceas. Inmediatamente sobre el suelo húmedo crecían en grandísima abundancia begonias de las formas y flores más distintas, blancas, rosadas y rojas, pequeñas y grandes, con hojas enormes y otras pequeñas, bajas, que permanecen en el suelo y orgullosas trepan como parásitas a lo largo de los troncos cubiertos de musgo. El silencio de la soberbia magnificencia de la selva era sólo interrumpido por las pisadas de nuestros caballos y por el monótono, melancólico o agudo grito de algún pájaro del bosque. Aquellos cuyo canto uniforme cautivó más nuestra atención fueron el quetzal, la calandria, el jilguero y la oropéndola. Además se oían diferentes especies de tucanes, palomas silvestres y también los tordos, que se hallan con frecuencia en algunos lugares, y una magnífica *tángana* de color rojo escarlata y negro. El quetzal (*Trogon resplendens*) pasa por ser el más bello de los pájaros de Costa Rica: es del tamaño de una paloma y tiene sobre la cabeza un copete de plumas que parecen rayos. Toda la parte superior del ave es de un dorado verdoso, mientras que el pecho y el vientre están teñidos de rojo escarlata; pero su adorno más bonito son las dos angostas plumas de su cola, de un dorado verdoso y que tienen por lo menos dos pies de largo. La calandria (*Chasmarhynchus*) es algo más grande que el quetzal; en la parte superior es de color de canela y debajo blanca como la nieve. El pico puede abrirlo, como nuestras golondrinas nocturnas, hasta muy hacia atrás. Son peculiares de este pájaro tres apéndices largos, delgados, carnosos, de color gris de pizarra, de los cuales el uno está por encima del pico, como el del pavo, y los otros cuelgan a los lados del pico. Uno de los pájaros más notables de Costa Rica es el jilguero (5). Sus mágicas notas, como de flauta, son conocidas de todos los que han penetrado en las regiones de las altas montañas en la selva primitiva; sin embargo, no se deja ver en ninguna parte. Ancianos que han pasado mucho tiempo de su vida en el bosque virgen me aseguraban que nunca habían llegado a contemplar este pájaro y tampoco yo lo conseguí, aunque frecuentemente pude oír muy de cerca las notas de su canto. Traté en vano de espiar este maestro en las cimas de los altos árboles de la selva primitiva. Del notable *cephalopterus ornatus* que aparece en las partes más lejanas del denso bosque virgen, no pude obtener, por desgracia, ningún ejemplar del cazador encargado de esto.

En los sitios abiertos, donde los cálidos rayos del sol brillaban sobre nuestro camino, revoloteaba un enjambre de mariposas de los más hermosos colores, entre las cuales atrajeron especialmente nuestra atención la gran *brometeus*

y otra diurna que se distinguía por su azul brillante. De pronto se arralaron los árboles de nuestro camino y nos encontramos a la orilla del río Macho, afluente del río Grande. El río Macho corre mugiendo entre enormes bloques de piedra. Tampoco se ha puesto nunca un puente sólido sobre este río. Se atraviesa a caballo o se pasa sobre los puentes de hamaca, que también aquí han sido colocados. Cuando subimos por un estrecho sendero al otro lado del río, apareció ante nosotros, sobre un verde prado, la vivienda lindísima del general Montero, que es un fortín muy sencillo rodeado de una valla hecha de piedras toscas, cuidadosamente reunidas y colocadas, y en todo el rededor pacía el ganado. El general, a quien sorprendimos en medio de su trabajo, vino a nuestro encuentro conforme a la costumbre del país y como todos los que trabajan al aire libre o sea en mangas de camisa y con el machete en la mano. En la selva virgen no se aleja uno con gusto de su habitación sin llevar consigo un cuchillo, o un machete, pues a cada momento se ofrece la ocasión de hacer uso de tal instrumento.

Después de habernos introducido en su casa, nos contó el general varias cosas interesantes de aquellos contornos. Había descubierto recientemente, al abrir un camino, una cantidad de tumbas de indios en las cuales había hallado especialmente objetos finos de arcilla. En algunos de ellos se distinguían aún toscas figuras pintadas; también había encontrado utensilios de piedra cincelados y algunas perlas de vidrio azul: prueba de que los indios enterrados aquí habían tenido relaciones con los españoles. Supimos también, por el general, que el terreno de su propiedad, que fué comprado en 1838 por un ingeniero inglés al Estado, había venido a su poder hacía cuatro años y que una gran parte de la antigua selva virgen había sido trasformada por él en pradera, mediante la tala del bosque, de suerte que su finca tenía ya cerca de 300 cabezas de ganado vacuno. Su propiedad tiene esencialmente ventajas naturales. Rodeada por tres lados de impetuosos torrentes que bajan de las montañas, se ha ahorrado las enormes sumas que le habrían costado las cercas, y el pasto permanece verde durante todo el año, de manera que el ganado tiene siempre alimento suficiente y, finalmente, existe aquí un manantial de agua caliente que deja en el suelo en cantidad bastante la sal tan necesaria para el ganado.

Fuimos en seguida a caballo con el general a ver esta fuente, que brota al sur de la ya mencionada colinita cónica. Se ve allí, en una extensión de 50 pasos aproximadamente, todo el suelo algo inclinado hacia el norte, regado por una multitud de fuentes; pero de tal manera que el agua caliente en ningún lugar sale en cantidad considerable. La temperatura alcanza, en los sitios donde el agua brota en mayor cantidad, a 44, 7° R. En otras fuentes, por lo contrario, sólo a 40° R. Aquí no aparecen incrustaciones calcáreas como en otras fuentes y no faltan las antedichas algas verdeoscuras. Aunque contiene una cantidad notable de sal de cocina, que es ávidamente lamida por el ganado en las piedras donde se deposita, no tiene esta agua sabor alguno. De allí nos dirigimos con el general a caballo a la próxima y a la vez última hacienda, que está separada de la finca del general por el río Blanco y alcanza hasta el río Purizil, que es también un afluente del río Grande. Aquí ya llueve con más frecuencia y por eso no hallamos el camino tan seco como el recorrido hasta allí, y tuvimos que atravesar al-

gunos malditos charcos y lodazales, como sólo se hallan en malos caminos durante la estación de las lluvias en otros puntos. También era allí el bosque primitivo mucho más denso, causa principal de que el camino no se seque tan fácilmente.

Cuando hubimos atravesado el río Blanco y subido al otro lado la escarpada orilla, vimos una sencilla casita de madera delante de nosotros: la modesta vivienda de su dueño, un joven de Cartago que había comenzado la planta dos años antes. Su joven esposa, quien sólo durante el buen tiempo sigue a su esposo a la soledad de este bosque, la encontramos allí con un niño al pecho, y no pudimos menos que sentir cierta compasión viendo qué privaciones la pobre joven tenía que sufrir en ese lugar. El dueño estaba ocupado todavía en aclarar el bosque primitivo. Como entre los troncos de los árboles de la selva virgen se encuentra una cantidad de maderas utilizables, entre las cuales está en primera línea el cedro, el costo de la limpia se paga en gran parte con la venta de estas maderas. Oíamos los hachazos del lejano trabajador, que llegaban resonando hasta nosotros. Esos troncos derribados se llevan arrastrando, tirados por bueyes, a Navarro, y allí se cortan en tablas. Más tarde piensa el propietario establecer un aserradero hidráulico, para lo cual la situación del lugar ofrece grandes ventajas. Para una hacienda de ganado es tan propio este terreno como el del general.

El valle del Purizil, que desemboca en el del río Grande viniendo del sur, promete alcanzar cierta importancia algún día, como camino de unión con las aldeas de indios de Terraba y Boruca, situadas al sur. Ambas localidades se hallan precisamente a una distancia de 18 a 20 leguas, a lo más, con dirección al sur. El valle de Terraba se extiende, con una amplitud de casi cinco leguas de hermosas y planísimas sabanas, desde la desembocadura del río de Terraba, en toda la longitud de su curso, bastante lejos hacia el norte, de manera que está separado seguramente del valle del Purizil por una masa enorme de montañas, la cual forma la división de las aguas entre el río Reventazón y el de Terraba.

Ya se sabía desde hace largo tiempo que la distancia entre ambos lugares no es tan grande, pues hace unos 60 años llegó uno de los frailes, conducido por los indios, en tres días de Terraba a Orosi. Hace apenas dos años que se ha prestado atención de nuevo a este hecho y se han hecho esfuerzos para volver a encontrar el antiguo camino que desde entonces no ha sido trillado otra vez.

En mayo de 1856 fué desde aquí una expedición compuesta de 16 hombres, por el valle del Purizil adentro, para atravesar la división de las aguas y llegar a Terraba. Por desgracia había ya comenzado el tiempo de las lluvias con insólita violencia; y como el camino, siempre montañas arriba conducía a considerables alturas, donde las gentes estaban siempre envueltas en nubes y lluvia, no tenían manera de ver a lo lejos ni era posible avanzar a voluntad en la humedad de la selva virgen. Finalmente creyeron haber atravesado la división de las aguas y los ríos que allí nacen parecían correr hacia el sur, cuando hubo que emprender la retirada, pues el ánimo de los hombres había decaído y la mayor parte de ellos enfermaron y los habían hecho regresar. Es de esperar que el fracaso de esta tentativa no detenga a otros y que se continúe en esta empresa tan importante.

Las hermosas llanuras del valle de Terraba son por su naturaleza sabanas especialmente adecuadas a la cría de ganados. La población es extremadamente

desafecta al trabajo y, a pesar de la presencia constante de sacerdotes, ha sabido con tal tenacidad conservar su estado natural que en los últimos 50 años no puede hablarse de progreso alguno alcanzado en civilización. El comercio con estas aldeas de indios se hace al presente sólo por un rodeo penosísimo y consiste apenas en un mensajero que va y viene lentamente a pie cada mes, para mantener la correspondencia entre el cura y el Gobierno. Si en vez del penoso camino en que se emplean diez días ordinariamente, se pudiera utilizar el que se busca, se estaría en condiciones de establecer en Térraba haciendas de ganado y de transportarlo con facilidad a Cartago en pocos días. De esta manera una parte de Costa Rica, que al presente sólo causa gastos al Estado y absolutamente ninguna entrada proporciona, sería pronto de gran utilidad y provecho para el resto del país. El tráfico de los indios de Térraba se reduce al presente a un cambio de artículos con las tribus todavía salvajes de los viceitas que habitan lejos, al este de aquéllos, en Bocas del Toro. Los pocos artículos de lujo que necesitan los compran en Chiriquí. Relaciones por mar con Puntarenas no existen casi en lo absoluto. En general no puede hablarse de comercio con una población que no tiene productos especiales y cuyas necesidades para la vida, por otra parte, se limitan a tan exigua proporción, como es el caso.

El día siguiente fué señalado para una excursión al otro lado del río Grande, donde se encuentran más numerosas poblaciones de indios. El tiempo nos fué favorable como en el día anterior. Aunque el río tenía muy poca agua en este tiempo y cabalgábamos en buenas mulas, tuvieron los pobres animales, a los que el agua les llegaba a la barriga, que esforzarse extraordinariamente para no ser arrastrados por la corriente tan fuerte, ni dar un mal paso en el fondo pedregoso del lecho del río. Cuando hubimos llegado felizmente a la otra orilla, nos encontramos con los potreros pertenecientes a la comunidad, llamados "El Palomar", los cuales están en una linda y pequeña llanura medio aclarada de bosque. Antes tenían allí también los indios sus plantaciones de plátanos, pero ahora está dedicadâ sólo a potrero, y por cierto para beneficio de la escuela del lugar, pues cada indio de los que viven en Orosi y envía su ganado a esta dehesa, paga un pequeño impuesto. Cuán mal se administran estos fondos, no obstante, puede verse por el hecho de que en el último año sólo entraron 25 pesos con los que la escuela pudo sostenerse tres meses únicamente.

Aunque El Palomar no se distingue por una vegetación exuberante como la de Los Platanares, que están enfrente, hace sin embargo una muy agradable impresión caminando por él como en un parque entre espesuras de arbustos separadas unas de otras y árboles, también aislados, mientras que aquí y allá cruza el camino un arroyo cristalino. También en las montañas adyacentes, todavía muy densas, se derriban árboles utilizables. Vimos algunos troncos de cedros recién cortados de volumen colosal.

De aquí cabalgamos hasta Cachí, situado al nordeste de Orosi en la orilla derecha del río Grande, exactamente al frente de la llanura de Ujarraz. La antes mucho más numerosa población indígena de Orosi ha disminuído considerablemente en los últimos años, porque los indios evitan cuanto pueden el trato con los blancos y se han retirado a Cachí, que está más apartado, donde pueden

vivir sin molestia, conforme a su carácter tímido y huraño; tal ha sido el caso particularmente desde que se han establecido en Orosi las haciendas mencionadas. Allí hallamos siempre las chozas de los indios muy separadas, de modo que en Cachi, aunque el valle tiene varias leguas de extensión, no se encuentra en ninguna parte un pueblo. Los ranchos están contruídos muy sencillamente y cada uno es semejante al otro. Son o redondos u ovalados y su interior está dividido en dos o tres secciones. La cocina y el dormitorio no están separados y en medio, sobre el suelo, están colocadas algunas piedras que representan el hogar. Estos indios no usan trastos de cocina. Los plátanos y las yucas, que son sus principales alimentos, son asados en las cenizas, y los animales que cazan, sobre el fuego. Una especie de bancas anchas, de las que algunas ocupan todo el largo de las paredes y sobre las cuales hay extendidas pieles sin curtir, sirven de camas. Productos de la industria europea parecen evitar el usarlos, tanto como es posible; sólo el hacha y el machete se encuentran casi en cada cabaña, pero se buscaría en vano un clavo de hierro. Los troncos redondos de árboles, cuidadosamente descortesados de que se compone la armadura del techo de la choza, están atados con bejucos. Con los mismos materiales, cuidadosamente liados y colgados de las paredes, hay manojitos de hortalizas y demás objetos útiles. Lindos canastitos finamente trenzados en forma de peras reemplazan los baúles y cajas. Objetos de cuyo material para elaborarlos carecen, los cambian por otros o los compran a otras tribus de indios, especialmente las cajitas cuadradas de paja y los sombreros de palma, en Pacaca, y las redes para llevar objetos y hamacas, en Terraba y Viceita.

Los indios de Orosi no tienen absolutamente bellas formas corporales; son en su mayoría algo rechonchos y las mujeres, especialmente las jóvenes, muy obesas o barrigudas. Tienen caras anchas y redondas, con pómulos algo salientes. El color de su piel es amarillo moreno y su cabellera negra y lacia. Las mujeres ejecutan casi todos los trabajos de los hombres. Mientras éstos se quedan sentados en la casa, totalmente inactivos, va la mujer sola, o con un niño pequeño a las espaldas, a las plantaciones situadas en las montañas, para traer los víveres y la leña necesaria; también matan con sus flechas, en estas ocasiones, pájaros y otros animales de caza. Todas las cargas las traen a las espaldas y usan para sostenerlas una faja ancha en que apoyan la frente.

Cuando los frailes españoles vivían en el edificio del convento, se hizo mucho por la cultura de los indios. Se les exhortaba o impulsaba a labrar la tierra, se les sugería que vivieran juntos en las inmediaciones del convento, y se instruyó a sus niños en la escuela. El embrutecimiento, o la vuelta al salvajismo de los indios, desde la supresión de la misión del convento en el año 1823, debe atribuirse en gran parte al antiguo ministro Calvo, quien, aunque indio de origen él mismo, utilizó poco su posición para fomentar la civilización de los de su propia raza y más bien consintió en dejar que fracasaran o en que no tuvieran éxito medidas de gobierno muy convenientes o adecuadas, cuando resultaban incómodas para los indios. Dada la innata repulsión contra toda cultura, sólo puede el Gobierno dictar aquellas disposiciones que ha hecho cumplir en otras aldeas de indios, por ejemplo en Curridabat, Aserrí y Pacaca. La adquisición de fincas fué

también permitida aquí a los no indios, lo que tuvo por consecuencia que una parte de los indios se retiró voluntariamente, mientras que la otra se mezcló con los blancos. Ciertamente sería en consecuencia, sólo para el mayor bien común, que el Gobierno provocara la venta de las hermosas fincas de Orosi, que ahora en su mayor parte no son utilizadas. Llegarían entonces como verdadera propiedad a manos de dueños activos, que sabrían sacarles la debida utilidad. Si esto no sucede muy pronto, también la iglesia y el convento se arruinarán en breve totalmente, porque los indios no pueden conseguir los medios de conservar estos edificios. La propiedad rural de los indios de Cachí y Orosi no puede según los privilegios que tienen, ser vendida *ad libitum* como la propiedad rural de otras partes. Todo el distrito, cuya extensión abarca unas 60 caballerías, pertenece a la comunidad. Cada familia, en particular, puede establecerse y cultivar en consecuencia donde le plazca. Donde ya otras han trabajado, tiene que arreglarse por las buenas con el predecesor, si éste no renuncia a su derecho. Sólo los indios de esta comunidad tienen este privilegio y, por el contrario, gentes de otros lugares sólo obtienen permiso para establecerse allí cuando la comunidad da su asentimiento para ello. Sin embargo tampoco adquieren nunca el derecho de propiedad, sino tan solamente el usufructo.

Todos los indios de Orosi y Cachí, cuyo número asciende a algo más de 600, tienen un solo alcalde que vive en Orosi; asimismo hay en este lugar una sola escuela. A la misa igualmente tienen que venir a Orosi los indios de Cachí. En Orosi tampoco vive ningún sacerdote, sin embargo viene uno todos los domingos del Paraíso, lugar cercano, para decir la misa, a la cual sólo asisten los indios en escaso número.

No se ven, aún en esta ocasión, muchos indios, y los pocos que aparecen, ya más civilizados, no se presentan con su traje nacional, sino que imitan tanto como pueden, las últimas modas. Quien quiera ver a los indios de Orosi y Cachí en multitud, unos y otros con sus trajes nacionales, tiene que asistir a la gran pesca que se verifica todos los años en la Pascua. Orosi es, en general, famoso por sus excelentes pescados de río, que faltan casi totalmente en los otros ríos de Costa Rica. El más estimado de los que se pescan en el río Grande es el *bobo*; además aparecen allí algunos otros peces, entre otros una especie de anguila grande, llamada *anguilla*; una especie pequeña de siluro o glano, el *barbudo*, y el *temechín*, semejante al bobo. Es extraordinariamente difícil capturar el bobo, porque no muerde el anzuelo. Los indios, por lo tanto, lo tiran con sus flechas y se precipitan después en el río para sacar el animal herido, o colocan una especie de nasa o cesto para pescar, hecho de enredaderas, que llaman *atarraya*, en la cual se enreda el pez y así es cogido en el fondo de las aguas. La manera más fácil de capturar una gran cantidad de pescados en una sola vez, es por envenenamiento de las aguas, mediante el empleo del llamado *barbasco*. Se emplean dos plantas para esto: o una euforbiácea con forma de arbusto, cuyas ramas rebosan de una savia lechosa, o una especie de bejuco o enredadera mucho más eficaz que la anterior. La pesca se verifica siempre de noche. Vienen entonces todos los indios de los alrededores con sus mujeres y niños, acampan en grupos sobre ambas orillas del río, encienden una multitud de fogatas para cocinar las comidas y be-

bidas y preparan todo lo necesario para la pesca. Como sucede siempre en tales ocasiones, en las que no falta el aguardiente, adquieren todos, hasta las mujeres y los niños, un estado de ánimo más que alegre y de fuerte excitación. Los preparativos consisten en que en un determinado punto del río se forma con leños una especie de dique o estacada doble, que se levanta poco a poco sobre el agua, de suerte que los peces aturdidos por la corriente son arrojados en medio. Los indios llaman esta doble estacada *cama* o *chinchorro*. A la media noche empieza la pesca propiamente dicha. Es uno de los más interesantes y pintorescos espectáculos que pueden verse, cuando se asiste para mirarlo iluminado por la luna llena. Poco tiempo después de que el barbasco ha sido arrojado al río lo más lejoso posible, río arriba, llegan los primeros peces al chinchorro, incapacitados para nadar por el veneno. Con gran júbilo y salvaje gritería son saludados por los indios medio borrachos, en medio de una viva excitación. Los hombres, tambaleando, se arrojan entonces al agua para sacar los peces atolondrados, mientras que la luz rojiza de las fogatas llameantes en la orilla y la clarísima luz de la luna iluminan vivamente los cuerpos desnudos y morenos. Ciertamente podría esta escena suministrar material a un pintor hábil, para un cuadro interesantísimo. Los pescados que se cogen son repartidos entre los indios, después de que el alcalde ha recibido previamente su porción. Los indios mismos se comen la mayor parte, aunque los pocos que se traen a San José y a Cartago para venderlos son muy bien pagados.

Es, en general, característico de los indios el que el dinero no tiene para ellos ninguna fuerza atractiva, y por consiguiente prefieren vivir de la manera más miserable sin trabajar a alquilarse como jornaleros en las cercanas haciendas para ganar algo. Su carácter que detesta el trabajo, y su inclinación a pasar la vida en los bosques y andar errantes de aquí para allá, parecen ser el motivo que los impulsa a ir como portadores de cargas al puerto de Matina, de donde traen el cacao que allí se produce. Como el camino que conduce a ese puerto se halla al presente en tan mal estado que con frecuencia no es transitable ni siquiera para mulas, hay que practicar el tráfico por medio de mozos cargadores. Otra, aunque por cierto ilícita fuente de rentas, es el cultivo del tabaco que allí se produce extraordinariamente bueno. Sin embargo, como constituye un monopolio del Estado, en ninguna parte del país se permite su cultivo. En las espesuras inaccesibles de la selva y en los barrancos saben los indios esconder tan bien sus plantíos, que casi siempre burlan la vigilancia de los empleados fiscales que persiguen este contrabando. Entre las mujeres sólo pocas buscan en las ciudades su subsistencia como sirvientas; pero son muy solicitadas las nodrizas de Orosi, pues se distinguen tanto por su cariño a las criaturas como por la sana disposición de su cuerpo, y conforme a su género de vida anterior son en extremo sobrias.

Al regresar pasamos el río por la parte de abajo del puente colgante que primero mencionamos, cerca del lugar en que el río del Aguacaliente se une con el río Grande. Aquí pasa el río cerca de una roca que sobresale, formando un fuerte remolino. En este punto, según la leyenda, hay un tesoro de valor incalculable, hundido. Los indios, como en general los hombres ignorantes son extraordinariamente supersticiosos y hay entre ellos muchas tradiciones que no son

sin embargo de origen indio antiguo, sino que proceden, en su mayor parte, de los misioneros. Algunas recuerdan las *Mil y una Noches*. Asustan a los niños con la “coyota llorona”, es decir con “la loba negra que aúlla”. Cuentan que una vez una india que mató a su hijo fué trasformada en una loba negra, y desde entonces vaga por las noches y espanta a los hombres con sus aullidos. Hay otro monstruo que desempeña el principal papel en sus consejas. Este tiene la forma y la talla, las garras y la cola de un manatí, es muy peludo como un perezoso, está provisto de una melena y es manchado como un tigre. Cuando las gentes pasan sobre el puente colgante hace a veces crecer el río, produce una nube y devora a los hombres. Se dice que sólo lo ven aquellos a quienes se come.

Cuando llegamos al convento encontramos algunos de nuestros cazadores aguardándonos con diversos pájaros que habían matado. Tuvimos pues qué hacer con la disección de estos pájaros. Fuimos bruscamente interrumpidos en este trabajo porque un *zorro hediondo* reveló su presencia con su penetrante olor. Después de una corta busca lo hallamos en el prado frente al convento. Con unos pocos golpes en la nuca fué muerto en breve tiempo el animal, pero el hedor que esparció fué demasiado insoportable. Don Lucas, quien nos visitó en la mañana siguiente, nos dijo que él mismo había percibido el mal olor hasta en su habitación, que está situada a no corta distancia. El olor se pega tan fuertemente en los objetos que mi cortaplumas, que había sido utilizado para la disección, conservó el olor durante meses, aunque lo dejé varios días en el agua corriente de un arroyo. El *zorro hediondo* que hay en Costa Rica (*Mephitis chinga*) no es por su aspecto exterior un animal feo; tiene el tamaño de un lechón mediano, el hocico puntiagudo en forma de trompa y ojos pequeños y saltones. En la espalda negra y lustrosa corren dos rayas blanquísimas desde la nuca al trasero, las cuales, unidas adelante, se hacen angostas y se separan hacia atrás. Fuertes garras en las patas delanteras le permiten hacer cuevas, las que sólo abandona de noche.

En la mañana siguiente estábamos todavía ocupados con los especímenes de Historia Natural hallados hasta entonces, cuando nos comunicaron que habían llegado algunos indios viceítas. Fuimos a la choza que se nos indicó y encontramos allí cuatro indios sentados sobre un banco, los cuales habían depositado sus lios en el suelo enfrente de ellos. Todos carecían de sombreros, dos tenían el cabello negro y corto; los otros llevaban sus largas cabelleras atadas formando un moño. Estos moños, las caras lampiñas, junto con las miradas tímidas y vergonzosas, que de ningún modo revelaban algo de salvaje como habría de creerse tratándose de tan incivilizados habitantes de las montañas, les daban más bien un aspecto femenino; sin embargo sus cuerpos en su mayor parte desnudos y la excepcionalmente bien desarrollada musculatura de sus excelentes extremidades, ostentaban unas formas viriles hercúleas. No tenían absolutamente ningún adorno en el cuerpo: su traje consistía tan sólo en un cinturón púdico, llamado “pampanilla” y una chaqueta corta sin mangas, hecha de una tela azul ordinaria de algodón. Traían consigo varias cosas para trocarlas, pero nunca aceptaban dinero, pues éste no tiene en sus selvas ningún valor. Los artículos que venían a trocar se hallaban en grandes cestas finamente entretejidas, que traían a las espaldas, he-

chas de *mastate* (una especie de corteza de árbol preparada de tal suerte que forma una tela de algunas varas de longitud y de una vara de ancho), además de los sacos de pita trenzada y de algodón ordinario en forma de redes. Algunos abanicos de plumas de pavos silvestres reunidas para soplar el fuego, eran el único utensilio que tenían; una hacha acababa de ser trocada por ellos. Por los objetos que de estos indios recibí pedían sal y un perro; en vez de éste les di aguardiente, azúcar y pan. Como su lengua no es ya bien comprendida por los indios de Orosi, traían consigo un joven de Tucurrique, el cual les servía de intérprete. Más tarde fueron los indios a Cartago, donde habitualmente tienen que hacerce bautizar.

Al día siguiente dejamos a Orosi, donde habíamos pasado algunos de los días más placenteros, no sin el vivo deseo de poder hacer muy pronto una segunda visita a esa población; pero hasta un año después no se nos cumplió este deseo. Esta vez hallamos una acogida más agradable en el convento que en el año anterior, pues algunas familias amigas habían escogido el edificio del convento para su morada en el verano durante algunos meses, y por lo tanto habían arreglado, en cierto modo, los inhospitalarios cuartos, haciéndolos habitables. Fuí a caballo esta vez directamente hacia el puente colgante sobre la llanura, y como el tiempo estaba claro y bello, teníamos siempre a la vista, enfrente de nosotros, el hermoso paisaje del valle del Purizil, siempre verde y fresco. Cuando llegamos al lugar que corresponde al puente, donde un camino pedregoso que se devana en constante zigzag conduce por escarpada pendiente hasta el río, vimos un panorama indescriptiblemente hermoso, pues a cada vuelta del zigzag se ofrecía a nuestras miradas un paisaje totalmente distinto. Ya desde la mitad de la cuesta reconocimos los abigarros trajes de las personas que nos aguardaban, descansando sobre el césped en la orilla opuesta. Pronto fuimos conocidos por ellas y saludados con gritos de alegría, en tanto que nuestras respuestas eran ahogadas por el rumor del torrente. Después de haber atravesado a caballo el río, que esta vez no tenía mucha agua, y recibido la cordial bienvenida de los presentes, todos montamos en nuestras cabalgaduras; los niños fueron colocados por delante de los caballeros, en el regazo, y así galopamos todos alegremente sobre la llanura hacia el convento, donde hallamos a las personas mayores de las familias. Llegamos justamente a la puesta del sol, y como habíamos hecho una buena jornada de cinco horas, nos pareció excelente la comida que habían preparado para nosotros. Durante la refacción oímos el sonido claro de las campanas de la iglesia del convento y pronto se reunieron los indios y las indias para la oración de la tarde. La quietud y el silencio del valle, que habían sucedido al campaneó, eran interrumpidos solamente por el grito monótono del *cuyeo*, la golondrina nocturna americana, y por el mucho más perceptible rumor de la corriente del río en aquella hora de la noche, en tanto que la luna llena iluminaba el valle tranquilo y las luciérnagas revoloteaban zumbando y, a pesar de la claridad de la luna llena, hacían brillar desde larga distancia su luz como chispas con repentino centelleo.

Una espléndida mañana de verano nos proporcionó de nuevo el placer de contemplar con toda su luz las majestuosas cumbres del Irazú y del Turrialba.

Con claridad no común se podían percibir las diferentes gradaciones de las montañas cubiertas de bosques que yacen a sus pies y reconocer los puntos ya cultivados en Cervantes y Birris, así como el cercano valle de Ujarraz con sus campos de un verde claro brillante, sembrados de cañas de azúcar. Pronto resonaron de nuevo las campanas de la iglesia que llamaban a los indios a la misa dominical.

Después de terminado el oficio divino, vimos el interior de la iglesia. Está, como pocos edificios en Costa Rica, muy sólidamente construida, de manera que durante todo un siglo ha desafiado todos los terremotos. La iglesia es pequeña y de un estilo muy sencillo. Hasta que fué suprimido el convento se dice que había sido muy rica en todo género de joyas y ornamentos de iglesia; sin embargo, ahora sólo se ven en ella algunos cuadros grandes pintados al óleo, que se trajeron de Guatemala, donde, según se dice, fueron pintados; y estos cuadros, aunque no son ningunas obras maestras, resultan sin embargo mejores que todos los de las demás iglesias del país.

El señor cura, quien almorzó con nosotros, nos dió diversos informes muy interesantes sobre el origen y la historia del convento. Hace unos cien años estaban aún todos los alrededores de Orosi cubiertos de selvas vírgenes. La totalidad del terreno que pertenece a Orosi era entonces propiedad de una anciana viuda rica, quien legó sus bienes a la Orden franciscana. Esta fundó el convento de la misión por el año de 1760 y para poblar el lugar atrajo una multitud de indios viceitas que habitaban en el lejano sur, para convertirlos y civilizarlos al mismo tiempo. El convento floreció pronto. Los frailes se esforzaron en transformar a los indígenas, que gustan mucho de andar vagando en los bosques y tienen horror al trabajo, en colonos sedentarios y laboriosos; y como emplearon a los indios en diversas faenas agrícolas, resultó también considerable ganancia para el convento. Los frailes, que en su mayor parte vinieron directamente de España, no llevaban, por su parte, mala vida, por lo menos en lo tocante a cocina y bodega. Peces, que tenían que ser pescados por los indios a sus órdenes, los suministraba el río; el bosque era rico en caza de todo género y los hermosos ganados daban carne, leche y queso en abundancia. La bien surtida biblioteca ahuyentaba el fastidio, y un huerto que había en el convento daba oportunidad para ocuparse agradablemente y suministraba al mismo tiempo frutas y legumbres para la mesa. En tanto que los frailes no sólo para sí mismos, sino también para la educación de los indios, hicieron mucho y adquirieron méritos, especialmente en la enseñanza escolar, haciendo instruir también a las muchachas en las labores manuales femeninas, desde la supresión del convento absolutamente nada se ha hecho por el Gobierno para continuar la educación de los naturales. Este no volvió a preocuparse en lo más mínimo de los edificios de la iglesia, y del convento, ni de la finca tan bien poblada de bosque, ni de la biblioteca que pertenecía al convento, ni del archivo, en el cual se encontraban diarios interesantes y documentos de importancia. Estos libros y documentos quedaron, cuando los frailes salieron de Costa Rica, parte en manos del mayordomo de la iglesia y parte se llevaron los frailes a Guatemala y a La Habana. Los papeles restantes, a los cuales nadie atribuía valor alguno, fueron empleados por la familia del mayordomo en dife-

rentes objetos a discreción. También puede uno aquí con razón preguntarse: ¿Fué la declaración de independencia ventajosa para la provincia española? Utilicé el tiempo que tenía muy limitado, para repetir algunas de las excursiones que hice el año anterior. En Navarro fué organizada una comida campestre, a la que fueron invitados todos los huéspedes del convento. Don Lucas dió un baile en su hacienda, en el que se bailaron también los bailes nacionales españoles, que han sido casi totalmente suplantados en la sociedad de las clases cultas por las danzas modernas introducidas por los extranjeros que dan el tono en esta sociedad, aunque aquéllos son más adecuados al carácter español y son mejor bailados por los españoles que las danzas extranjeras. El general nos comunicó que pensaba edificar una casa más grande y más cómoda, y también en Purizil encontramos al dueño con su joven esposa y el niño, presentes otra vez en la sencilla y modesta casita del bosque.

Cuando había yo subido la antes mencionada cuesta al regreso, desde donde se ofrecía el soberbio panorama de todo el valle de Orosi, Ujarraz y Cachí, fijé especialmente la atención en la estructura del valle. No cabe duda de que el valle de Orosi fué antiguamente un lago que se extendía, al oeste, hasta el puente de Fajardo, y de esta manera cubría también las llanuras de Ujarraz, Cachí y Urrasca. Tan sólo cuando el agua rompió el dique natural de rocas que se hallaba cerca del puente de Fajardo y el gran lago se vació, surgieron las fértiles llanuras de dichos valles, de los cuales los de Ujarraz y Cachí se consideran, hasta hoy, como extremadamente malsanos, a causa de sus miasmas productores de fiebres. La frecuente aparición de epidemias de fiebre indujo al Gobierno a trasladar, en 1849 (6), toda la población de Ujarraz al Paraíso, que está situado a mayor altura. El miasma produce en Ujarraz su influencia perniciosa tan rápidamente, que en algunas personas, a las 24 horas de residencia en el lugar, aparece ya el primer ataque de fiebre.

El curso ulterior del río Grande, que en las cercanías de Turrialba lleva el nombre de Reventazón, constituye, en esta parte de Costa Rica, la frontera entre la parte cultivada y la región de bosques primitivos habitada por indios salvajes. Al este de Cartago, donde el terreno se distingue por su gran fertilidad, se hallan, especialmente, grandes rebaños de ganado vacuno; en el lugar en que estaba la antigua aldea de indios destruída, que se llamaba Teotique—donde todavía se encuentran restos de trabajos de escultura y objetos de arcilla—, está la última hacienda de ganado de un suizo, establecida hace apenas cuatro años y cuyo dueño, en pocos años, por su rara perseverancia y energía, sin emplear un gran capital, la ha llevado tan lejos que ya produce regulares utilidades.

Al otro lado del río, al este de Cachí, sigue el valle de Tucurrique, habitado aún en la actualidad, pero solamente por una población de indios muy mezclada. Antes eran frecuentemente trasladadas tribus indígenas de un lugar a otro, especialmente cuando la población era demasiado exigua para mantener en el lugar un sacerdote propio. Así fué también trasladado a Atirro el resto de los indios de Tuis; y como el número de pobladores de este lugar decrecía siempre,

(6) En 1833.

fueron llevados a Tucurrique los que sobrevivían. Aquí también parece que las condiciones exteriores de la vida no fueron en manera alguna favorables al aumento de la población, pues la mortalidad continúa en grado tal que ya se piensa en trasladar a Coot, aldea de indios situada al norte de Cartago y de muy laboriosa población, los restantes de aquellos indios. Todavía más lejos, al sudeste de Cartago, está el gran territorio reservado para la caza, perteneciente a las tribus salvajes conocidas con los nombres de viceitas y talamancas, que antes se hacían la guerra, pero que ahora viven pacíficamente la una al lado de la otra. La tribu de los talamancas fué la que en el siglo XVII, después de que ya varios misioneros, entre los cuales se distinguió fray Antonio Margil, habían trabajado y evangelizado allí, se sublevó de repente y mató a todos los españoles, de manera que las ciudades ya fundadas (Tisingal y Estrella) por el año de 1660, donde los españoles poseían ricas minas de oro, fueron de nuevo destruidas (7).

Desde que todo el comercio de Costa Rica se volvió hacia el oeste, después de la apertura de un camino comercial hacia el Océano Pacífico, se ha descuidado de un modo inexcusable la parte del país que tanto promete, situada hacia la costa oriental, abandonándola completamente. El único lazo de unión había sido, en todo tiempo, el camino al puerto de Matina, que antiguamente, en general, era la más importante vía comercial del país. Ahora es del todo intransitable, y sin embargo toda la esperanza del florecimiento de Costa Rica está cifrada en la apertura de un camino comercial que conduzca a alguno de los puertos situados en la costa atlántica. Por desgracia fué corta la duración del Gobierno del único Presidente que reconoció correctamente que el desarrollo de Costa Rica dependía de este camino y comenzó a construirlo (8). El plano levantado nuevamente en 1850 por el barón von Bülow, para abrir el camino hasta el puerto de Limón, tuvo mucha oposición por celos de la poderosa capital, San José, de suerte que muy pronto fracasó totalmente. Hasta muy recientemente, por lo tanto, después de diez años de pérdida de un tiempo precioso, no se sintió otra vez la falta de un camino directo a la costa del Océano Atlántico. Ojalá que, al fin los hombres que tienen en mira el verdadero bien del país obtengan tanta fuerza, energía e influencia que la Nación, obstaculizada por el interés personal de algunos en su natural desarrollo, pueda abrir bajo su dirección esta arteria vivificante que traerá un porvenir mejor para ella.

(7) No han existido nunca en Costa Rica ciudades con los nombres de Tisingal y Estrella ni ricas minas de oro. El autor ha querido sin duda referirse a la ciudad de Santiago de Talamanca, fundada en 1605 en la margen derecha del río Tarire y destruida por los indios en 1610.

(8) El nombre de este distinguido hombre es Carrillo. Fué Presidente de 1838 a 1842 y murió desterrado en El Salvador, en 1845, por mano de asesinos pagados.